

punto antes que la suya. La otra consistía en hacer un rodeo de mas de mil pasos por un camino pedregoso, lleno de sinuosidades y montuoso. Sin arredrarse Allende ante estos obstáculos, se propuso tomar él mismo la posición que codiciaba, no queriendo confiar á otro la importante empresa. Tomada esta determinacion, entregó interinamente el mando del ejército á D. Juan Aldama, y poniéndose al frente de una fuerza de cuatrocientos hombres de lo mas granado de sus tropas regladas, entre las cuales iba una seccion de artillería con un cañon, marchó rápidamente á tomar la altura. La cumbre á que se dirigia era la misma que Trujillo habia encargado al teniente D. Agustin Iturbide que la ocupase, y hácia la cual habia marchado velozmente. La fuerza insurgente y la realista encargadas de apoderarse de la posición, subian por distinto camino, sin que se viese la una á la otra. Al llegar á cierta altura se encontraron, y se trabó entre ellas un reñido combate. Entre tanto el capitán D. Antonio Bringas continuaba batiéndose en el flanco derecho del ejército insurgente, causando en él considerables pérdidas. En los momentos en que mas empeñada estaba la accion, cayó gravemente herido el valiente Bringas. Esto desalentó algo á su gente; pero él, conservando su serenidad y constancia, volvió á montar á caballo, ayudado de los suyos y animando á sus soldados, se retiró en buen orden á su posición. Replegada la fuerza realista, que habia atacado el flanco derecho, por la herida de Bringas, D. Agustin de Iturbide, que disputaba la subida del monte, y que acababa de rechazar á sus contrarios, se vió precisado á desistir de su subida á la

cumbre, para volver á su línea. Allende, aprovechando aquellos preciosos momentos, continuó la subida y se hizo dueño de la anhelada posición (1). Colocó diestramente el cañon, y acto continuo rompió el fuego desde allí, enfilando la línea enemiga que empezó á sufrir sus estragos (2).

1810. Viendo Trujillo que la extension del cerro
 Octubre. facilitaba á los contrarios la manera de ofenderle, y que las numerosas fuerzas independientes penetraban hasta su centro, reconcentró su línea en un pequeño llano que hay sobre el camino real, donde tenia situado uno de los cañones. Mientras el jefe realista efectuaba este movimiento y las compañías de su derecha se replegaban á su línea, D. José Mendivil sostenia con admirable denuedo la avenida principal de los independientes, sosteniendo al mismo tiempo el otro cañon que hacia un constante fuego sobre las tropas del cura Hidalgo. Viendo los independientes que era imposible avanzar por el camino real, hicieron un movimiento sobre la derecha

(1) El señor Liceaga en sus *Adiciones y Rectificaciones*, cree que no pudieron encontrarse los realistas con los independientes al subir á la altura del monte, porque supone que llevaban distinto rumbo; pero que se encontraron y se batieron no cabe duda, pues el jefe realista D. Torcuato Trujillo, dice en el parte dado al virey, que «á la mediacion del monte se encontraron con los enemigos que subian, y rompieron el fuego contra ellos, rechazándolos».

(2) Ese hecho de Allende de haber sido él mismo el que emprendiese la subida á la loma, dejando á D. Juan Aldama el mando del ejército interin efectuaba el movimiento, no lo trae, porque no podia traerle, el parte que da Trujillo al virey; pero lo refiere en sus *Adiciones y Rectificaciones* D. José María de Liceaga, el cual asegura que entonces pasaba por cierto y por incontestable.

de Mendivil. Este se adelantó entonces por el flanco izquierdo de sus contrarios con dos compañías, para aprovechar con mas ventaja los momentos de la evolucion, haciendo un fuego mortífero sobre ellos, fuego que fué contestado no con menos vigor por la artillería y fusilería de los que trataban de arrojarle. Firme en su posicion Mendivil, continuó sosteniéndola sin permitir avanzar un paso á sus contrarios, no obstante el terrible fuego que le hacian, de las pérdidas que le causaban, y de hallarse él mismo herido. Al mismo tiempo que Mendivil resistia el ataque de sus contrarios, el subteniente D. Pedro Gutierrez de Porta, lleno de valor, animaba con su ejemplo á la tropa, y viendo que dos de los artilleros que servian el cañon habian muerto, y que otros dos se hallaban heridos, se puso él mismo á cargar la pieza, ayudando á los restantes para que no cesase el fuego. Pocos momentos despues caia muerto ese bizarro oficial, nacido en el país, sin haber abandonado el punto que defendia.

1810. No se portaban con menos valor en el ejército independiente algunos jefes y oficiales, distinguiéndose entre los primeros D. Ignacio Allende, que se hallaba en todas partes, ya dirigiendo, ya luchando, y siempre infundiendo aliento en sus soldados. En uno de los ataques mas sangrientos, le mataron el caballo; pero montando inmediatamente en otro, continuó combatiendo con notable denuedo (1). D. Juan Aldama y

(1) La noticia de que perdió el caballo, está tomada del *Cuadro hist.*, de D. Carlos María de Bustamante. El mismo autor asienta que se le vió en la accion estirando la artillería; pero esto último es inverosímil, pues no tenia

D. Luis Malo continuaron siempre batiéndose con el mismo denuedo que demostraron desde el principio de la batalla.

Viendo Allende que el ataque por el camino real costaba mucha gente, dispuso que las principales fuerzas disciplinadas, á las cuales agregó otras numerosas, subieran al abrigo de la espesura de los montes para atacar á Trujillo por los flancos y la retaguardia. Hecho el movimiento, rompieron el fuego sobre los realistas, que contestaron inmediatamente con su artillería y fusilería. Tres horas llevaban de estar luchando. Trujillo, no teniendo suficiente gente para sostener todos los puntos, fué reduciendo la defensa á un pequeño espacio, con lo cual los contrarios se pusieron á una distancia sumamente corta, desde donde podian entrar en contestaciones con los realistas. Aprovechándose de esa circunstancia, invitaron á Trujillo á que se adhiriese á la revolucion, ofreciendo que se les garantizaria la vida á los españoles que le acompañaban. A estas proposiciones, agregaban otras excesivamente halagadoras para las tropas y oficialidad del país. Varios oficiales que se hallaban al lado de Trujillo, creyéndolas aceptables, le hicieron que saliese tres veces al frente de su línea para oirlas, acompañado del ayudante mayor del regimiento de Tres Villas, D. José Maldonado. Aprovechándose Aldama y D. Mariano Gi-

necesidad de ocuparse personalmente de ello, cuando tenia á su disposicion mas de ochenta mil indios. Si el hecho hubiera sido cierto, no hubiera guardado silencio respecto á él, D. José María de Liceaga, en sus *Adiciones y Rectificaciones*.

menez de esta especie de armisticio, invitaron á los militares del país para que se pasasen á sus filas (1). Trujillo encontrando incompatibles las proposiciones que le hacian, con el honor militar, y comprendiendo que de lo que trataban era de seducirle la tropa, les fué atrayendo hasta muy cerca de sus bayonetas, y recogiendo el teniente coronel D. Juan Antonio Soper un estandarte con la imágen de Guadalupe, tomado á los contrarios, mandó hacer fuego sobre ellos á la infantería, obligándoles á alejarse y causándoles como sesenta muertos. Este hecho reprobable, empañó el brillo que alcanzó con su valor en esa memorable batalla (2).

(1) Liceaga: *Adiciones y Rectificaciones*.

(2) He seguido en la relacion del hecho de armas verificado en las Cruces, á lo que dice el mismo Trujillo en el parte que dió al virey. El hecho de hacer fuego sobre los que se acercaban haciendo proposiciones, fué justamente criticado por los redactores del *Semanario patriótico*, periódico que se publicaba en Cádiz, perteneciente al mes de Febrero de 1811. Aunque el virey Venegas quiso vindicar á Trujillo en la *Gaceta* del 20 de Abril de aquel año, diciendo que no habia habido parlamento formal, sino únicamente intento de seducir á la tropa con aquel pretexto, no por esto el hecho deja de ser censurable, indigno de un valiente militar, como sin duda lo era D. Torcuato Trujillo. «A un enemigo», como dijeron muy bien los redactores del *Semanario patriótico* de Cádiz, «ó no se le oye, ó si se le oye, se le guarda el seguro». Los hechos reprobables deben ser censurados para evitar que otros incurran en ellos. El P. Mier, al referir ese acto de Trujillo, no solo asienta que hubo verdadero parlamento, sino que deduce por las palabras del mismo jefe realista, que éste fué el que presentó la bandera con la imágen de la Virgen de Guadalupe. Con respecto á lo primero, «no se supo», dice D. José Maria de Liceaga en sus *Adiciones y Rectificaciones*, «si con aprobacion de Allende, ó por su orden, pasaron unos comisionados á parlamentar con Trujillo»; y poco antes trae las siguientes palabras: «Tanta audacia por parte de unos y por parte de los otros en haberlos rechazado, dieron origen á una especie de armisticio, del que se

1810. Las fuerzas insurgentes, irritadas justamente por ese acto inesperado, se lanzaron de nuevo al combate, con extraordinario arrojo. El capitán D. Antonio Bringas, que habia quedado, como queda dicho, gravemente herido desde que atacó, al empezar la batalla, el flanco derecho de los insurgentes, á pesar de estar ya moribundo en esos momentos en que se rompió el armisticio, exhortaba á su gente con las voces de «*vamos adelante, hijos míos, y no nos dejemos vencer*».

Aunque este ataque del ejército independiente fué muy empeñado y sangriento, no decidió, sin embargo, la batalla, pues si cierto es que los insurgentes acometian con desesperado ardor, no lo es menos que eran innumerables los que morian, principalmente de los indios que iban siempre en desórden y sin las precauciones de las tropas disciplinadas. Recibidos con un fuego mortífero de parte de los realistas, cuyo armamento, disciplina y pericia de

aprovecharon Aldama y Gimenez para invitar, no á los españoles, como se ha dicho, sino á los militares del país, para que se pasasen á sus filas; de donde se deduce que no hay dato que nos haga aceptar lo que asienta el referido Padre Mier, siendo inadmisibile la interpretacion que da al sentido de las palabras de Trujillo, para deducir de ellos, que él mismo presentó la bandera con la imágen de Guadalupe. Hé aquí lo que dice Trujillo, y que es precisamente lo contrario de lo que quiere hacerle decir el mencionado P. Mier. «Y oyendo sus disparates y seducciones groseras, los acerqué hasta bien inmediatos de mis bayonetas, y recogiendo el teniente coronel D. Juan Antonio Soper un estandarte de Nuestra Señora de Guadalupe que venia en las sacrílegas manos de estos (de los insurgentes), mandó la voz de fuego.» Se ve, pues, que las proposiciones precedieron á la recogida del estandarte, y que éste habia pertenecido á los independientes, y de ninguna manera habia sido llevado á prevencion, cosa verdaderamente inverosimil.

sus jefes, parecian cuatuplicar sus fuerzas, los que acometian, despues de haber sufrido una matanza horrorosa, fueron rechazados, aunque causando graves pérdidas en sus contrarios. Así continuó la lucha hasta las cinco y media de la tarde, en que viendo Trujillo muerta y herida la tercera parte de su gente, falto de víveres, casi para concluir sus municiones, ocupado el frente del camino que conduce á Méjico por considerable número de batallones insurgentes, y colocada por ellos una batería que enfilaba su posicion, determinó retirarse en orden, antes de que se le agotasen del todo los medios de defensa, pues únicamente contaba para abrirse paso con cinco cartuchos por soldado. Para efectuar su movimiento de retirada, dispuso que uno de los cañones dirigiese sus tiros sobre la batería contraria, y al tercer disparo logró acallar sus fuegos, incendiándoles un cañon de madera y

1810 desmontando otro de bronce. Conseguido
Octubre. esto, mandó por medio del teniente D. Agustín de Iturbide y el comandante de la artillería Ustariz que se abandonasen, clavarán y se despeñasen los dos cañones que tenia y con los cuales se habia causado terribles estragos á las tropas insurgentes (1). Dadas estas disposiciones, y dejando un carro con algunas muni-

(1) Trujillo dice en su parte, que dió orden «que la artillería fuese clavada, desfondada y luego despeñada», agregando que su orden, por lo que luego supo, «fué ejecutada conforme lo prevenido». Esto último, sin embargo, no se llegó á ejecutar por los encargados de hacerlo, aunque así se lo afirmasen en aquel momento, pues ya veremos despues que los dos cañones fueron recobrados sin lesion.

ciones, entre las cuales se contaba un corto número de balas de fierro para cañon, de las seis mil que en 1809 se hicieron ir de Manila, Trujillo se puso á la cabeza de dos compañías del regimiento de Tres Villas para desalojar á las tropas independientes que le cerraban el camino por donde debia retroceder. Resuelto á no ceder, arengó á sus soldados, y abriéndose paso á viva fuerza, y marchando en columna cerrada el resto de su ejército, aprovechando los tiros en los pasos difíciles, llegó hasta la venta de Cuajimalpa, donde tomó posesion para rechazar un trozo de caballería que envuelta con la realista marchaba molestándole y tratando de seducir la tropa. D. Agustín de Iturbide, de quien Trujillo hace justos elogios en su parte, sacó en su caballo, y llevó él mismo, á D. José Mendivil que se hallaba, como he dicho ya, mal herido.

Desde Cuajimalpa continuó el ejército realista su retirada sin ser molestado en ella, y llegó á Santa Fé, donde pasó la noche.

Al siguiente dia entró Trujillo en Méjico al frente de los restos de su pequeño pero valiente ejército, que habia patentizado al mundo con su constancia, su denuedo y su disciplina, que los soldados mejicanos son capaces de los hechos mas heróicos.

1810. Con igual denuedo y bizarría combatieron
Octubre. los cuerpos de las tropas provinciales que se habian adherido á la revolucion; pero la falta de oficiales y lo estropeado de su armamento, no les permitió competir con sus contrarios y compatriotas. El dia 6 de Noviembre, dió Trujillo, desde Chapultepec, el parte de la

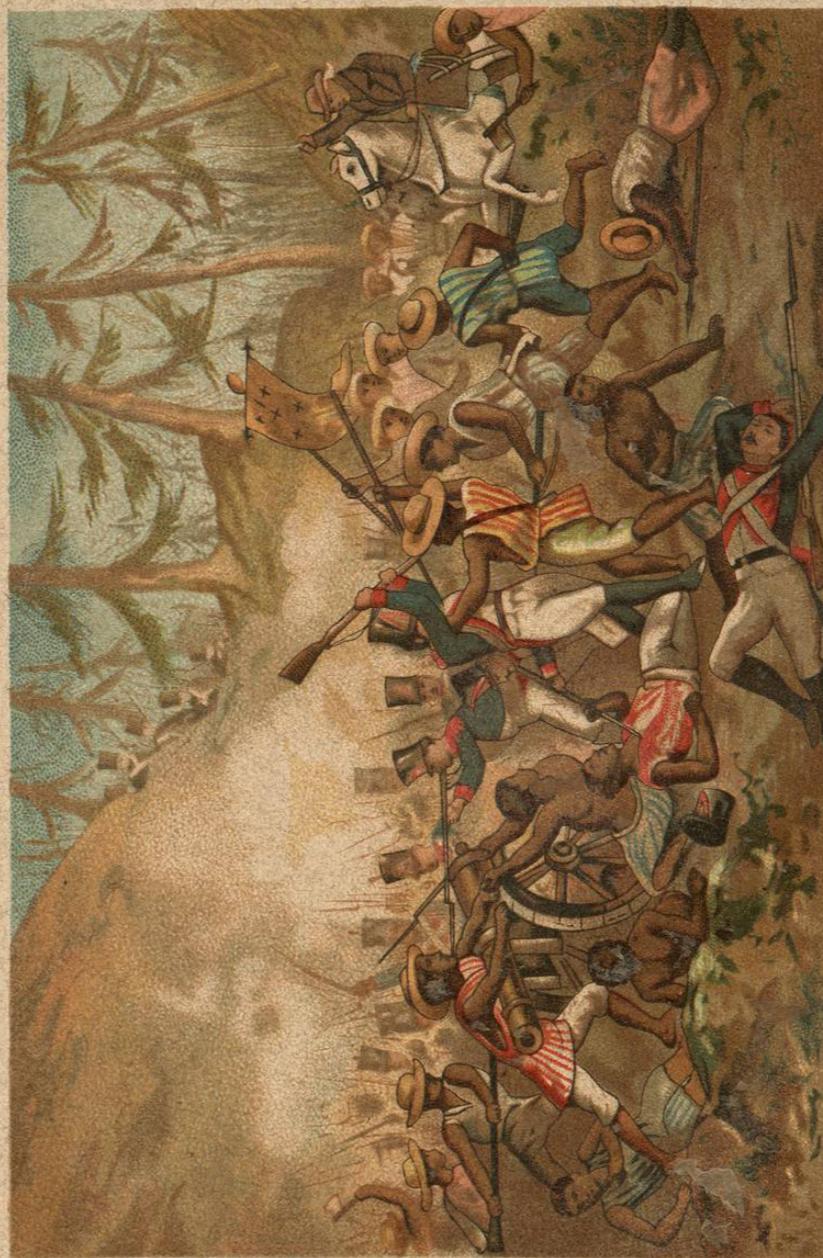
accion al virey Venegas (1). En él recomienda el comportamiento de varios oficiales, entre los cuales se cuenta D. Agustín de Iturbide, de quien dice «que cumplió con tino y honor cuanto le previno, no separándose de su inmediación en toda la retirada». Habla de los soldados ensalzando su valor, y recomienda «muy particularmente á todos los sargentos del regimiento de Tres Villas, pues no hubo quien se separase de sus compañías, dando un ejemplo singular» (2).

1810. Aunque la victoria fué alcanzada por las
 Noviembre. armas independientes y Trujillo tuvo que retirarse abandonando sus dos cañones y un carro con algunas municiones, los efectos que la batalla de las Cruces produjo, fueron favorables á la causa realista, pues hizo que las fuerzas vencedoras detuvieran su marcha de avance sobre la capital, sin atreverse á emprender decisivamente el ataque sobre ella (3). El

(1) He seguido en la descripción de la batalla de las Cruces, lo que dice Trujillo en su parte. D. Lucas Alaman obró de la misma manera, por haberle asegurado el mismo Mendivil que es exacto lo dicho por el jefe realista. Don Carlos María de Bustamante, lo siguió también, aunque haciendo algunos comentarios, y D. José María de Liceaga no contradice lo expuesto en el parte.

(2) Véase el parte de Trujillo en el Apéndice.

(3) Don Carlos María de Bustamante, dice en su *Cuadro histórico*, que la retirada se hizo en desorden; pero en esto sufrió un error. Si la retirada se hubiera verificado sin orden, ninguno de los del ejército realista se hubiera salvado, teniendo, como tenían, cortada la retirada por numerosos batallones. Los que se retiraron en desorden, no conducen consigo por espacio de muchas leguas los heridos, como fueron conducidos Bringas, Villamil y otros, sino que se les dejó abandonados en el campo. Que se retiraron en orden, y que esa retirada honra á las tropas mejicanas que la efectuaron y á los jefes que las



En. M. Pineda - Barcelona

J. F. Carreras - Editor

Batalla del monte de las Cruces

triunfo alcanzado les habia costado la pérdida de mas de tres mil quinientos muertos, considerable número de heridos, y millares de dispersos, y aunque el ejército era numeroso, no por esto se debia meditar menos en los resultados de un asalto á una populosa ciudad (1). Don Ignacio Allende, queriendo aprovecharse del terror que debia infundir la entrada de las tropas derrotadas de Trujillo en la capital, intentó continuar la marcha sobre ella sin dar lugar á que la corta guarnicion se dispusiese á la defensa; pero el cura Hidalgo expuso algunas razones en espera de algun movimiento ó aviso de los partidarios que tenia en la capital para obrar de acuerdo, y prevaleciendo la opinion del anciano párroco, el ejército independiente se detuvo en Cuajimalpa, á seis leguas de la capital.

conducian, se ve en las siguientes palabras de D. José Maria de Liceaga en sus *Adiciones y Rectificaciones*. «Y como para ejecutarlo (el movimiento de retirada) se encontraban con el obstáculo de que los insurgentes les obstruian el paso, se vieron en la necesidad de hacer por último un esfuerzo sobrehumano, y abriéndose paso con sus tropas en columna cerrada, llegó hasta la venta de Cuajimalpa, y desde allí se retiró sin ser molestado hasta Santa Fé, en donde pasó la noche, y al dia siguiente entró Trujillo á Méjico.»

(1) «La mortandad fué tan excesiva y horrorosa», dice D. José Maria de Liceaga, en sus *Adiciones y Rectificaciones*, «que se calcula haber quedado en el campo, mas de cuatro mil cadáveres de uno y otro bando.» Se deduce de aquí que, habiendo perecido la tercera parte de los realistas, esto es, cerca de quinientos de los mil cuatrocientos de que se componia la division, el resto pertenecia á los independientes. D. Diego Garcia Conde, en la relacion hecha al virey Venegas dice que «la pérdida de los insurgentes, entre muertos, heridos y desertores, pasó de veinte mil hombres», lo que hace creer, conociendo la facilidad con que los indios podian desertarse, que la cifra de los muertos que presenta el Sr. Liceaga debe acercarse mucho á la verdad.

1810. Si en el ataque de las Cruces la resistencia hubiera sido menos obstinada, el cura Hidalgo hubiera penetrado en Méjico, y uniéndose á él sus partidarios, el combate en las calles hubiera sido sangriento y horroroso. Por eso el virey Venegas, conociendo la importancia de detener en su marcha á los contrarios, que se apróximaban potentes, confió á Trujillo la corta, pero valiente, division con que avanzó al encuentro de las tropas independientes, y le decia en carta particular estas palabras, con que ponderaba la importancia de la mision que le habia confiado: «Trescientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones nos contemplan; la Europa tiene sus ojos fijos sobre nosotros; el mundo entero va á juzgarnos; la España, esa cara patria, por la que tanto suspiramos, tiene pendiente su destino de nuestros esfuerzos, y lo esperamos todo de nuestro celo y decision. Vencer ó morir es nuestra divisa. Si á Vd. le toca pagar ese tributo en ese punto, tendrá la gloria de haberse anticipado á mí, de pocas horas, en consumir tan grato holocausto: yo no podré sobrevivir á la mengua de ser vencido por gente vil y fementida (1).»

(1) Don Lorenzo Zavala en su *Ensayo histórico*, ridiculiza la carta de Venegas, teniendo por extravagante presuncion el creer que la Europa estuviese pendiente de los acontecimientos que se verificaban en Méjico en aquella época. No creo yo, sin embargo, que merezca esa censura la frase de Venegas, pues aunque no es de presumirse que la Europa tuviese fijos los ojos en los sucesos de la Nueva-España, sí es seguro que por interés político y por curiosidad, no fuese indiferente á la lucha. Pero suponiendo que las naciones del viejo con-

1810. Desde que se tuvo noticia que el cura Hidalgo se acercaba á la ciudad de Méjico con su numeroso ejército y envió el virey á D. Torcuato Trujillo á que le saliese al encuentro con su division, se apoderó el sobresalto de los habitantes de la capital, y muy especialmente de las familias de los españoles radicados en ella y de las innumerables que pertenecian al partido realista. La inquietud y el temor reinaba en todas ellas, alarmadas con las noticias de los excesos cometidos por la plebe en San Miguel, Celaya, Guanajuato y Valladolid. Unas ocultaban el dinero y las alhajas en alacenas que tapiaban; otras depositaban cuantos objetos de valor tenían, así como el numerario, en los conventos, juzgando que allí se hallarian mas seguros, y muchísimas señoras tenían dispuesto refugiarse en los templos de religiosas en el momento que se rompiesen las hostilidades. En épocas posteriores en que se han verificado diversos cambios políticos por medio de las armas, la sociedad ha llegado á familiarizarse, por decirlo así, con esas escenas de agitacion, y nadie parece alterarse por los sucesos que se esperan; pero entonces en que, por la primera vez se escuchaba el estruendo de las armas, era natural que la confusion y el espanto se apoderase de las familias, y muy

tinente no se hubiesen ocupado en lo mas mínimo de los asuntos de Méjico, esto, como dice muy bien D. Lucas Alamán, no les quitaba á los sucesos la importancia que en sí mismos tenían y mucho menos con respecto á España y al virey. No pueden tomarse á mera jactancia las palabras de Venegas, sino á una resolucion decidida de morir defendiendo la capital, puesto que juzgaba como un deber no abandonarla.